Cuba a través de sus ensayistas

Roberto Herrera

Introducción

El ensayo ha sido, a través de los años, uno de los géneros literarios más cultivados por los escritores hispanoamericanos. Ya lo ha dicho, con palabra autorizada, el profesor Carlos Ripoll en el Prólogo a la segunda edición de su magnífica Antología titulada *Conciencia intelectual de América:*

> El ensayo en manos de sus mejores representantes es necesario punto de referencia para las letras de nuestros países; injustamente olvidado en algunos programas de literatura ya es hoy, en particular dentro del universo hispánico, un instrumento imprescindible para la más moderna crítica. Pero su prestigio no solamente lo debe a la presencia en él de valiosos escritores y a su utilidad para el estudio de otros géneros, sino a que se le reconoce toda la jerarquía artística de las más elaboradas formas de expresión; así se le estudia ahora junto a la novela, la poesía y el teatro para lograr una completa cultura literaria [1].

Cuba no ha sido una excepción a esta regla literaria, y con tal motivo es necesario leer y releer a los buenos ensayistas cubanos para poder comprender cabalmente los valores esenciales de la cubanía.

Muchos y muy valiosos han sido los ensayistas que ha dado nuestra patria, pero entre todos ellos, escogeremos solamente cuatro que, en nuestra modesta opinión, sirven para ilustrar en forma clara, brillante y efectiva lo que nos proponemos demostrar en este trabajo, es decir, que las características esenciales del cubano y de su cultura se reflejan a través de sus mejores ensayistas; y que la idiosincrasia de nuestros compatriotas y su forma de vida está elocuentemente descrita en muchos de sus aportes a este género literario.

Si tuviéramos que señalar cuáles son los temas fundamentales que predominan en los ensayistas cubanos y que, hasta cierto punto, le dan unidad ideológica y literaria a su obra, tendríamos que admitir que, al igual que ocurre con la mayor parte de los ensayistas hispanoamericanos, dichos temas fundamentales son dos: en primer término y en lugar preferente su preocupación por Cuba, «la patria menor»; y en segundo término y como consecuencia obligada de esta preocupación preliminar, su gran devoción por América, que es la «patria mayor», es decir, «el común donde las fronteras se cortan por la tradición, la inquietud y el destino sometidos a los mismos factores, motivaciones y esperanzas» [2].

---

[1] RIPOLL, Carlos, «Conciencia intelectual de América», *Antología del Ensayo Hispanoamericano*, Eliseo Torres and Sons, New York, tercera edición, 1974; Prólogo a la segunda edición p. 9.

[2] *Ibid*, Introducción, *Los ensayistas*, p. 11.

Centro Virtual Cervantes

Y es que muchos de estos ensayistas hispanoamericanos, entre los cuales se encuentran también algunos cubanos, no se consideran ciudadanos de un país determinado porque su preocupación trasciende el propio límite geográfico, o porque, sin pretender salirse de aquel contorno, buscan las raíces de su pueblo y las encuentran fundidas en las de otras naciones hermanas. De esta manera, y sin perder el matiz peculiar de la región a que pertenecen, saben aunar la preocupación personal y patriótica por la Patria individual con la otra preocupación más amplia y extendida que hace de la América Española un ideal superior, en el que se resumen y concretan las más altas aspiraciones de todos los países hispanoamericanos. Esta comunidad de ideales y propósitos fue la que hizo exclamar a Pedro Henríquez Ureña que «la historia literaria de la América Española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó» [3]. En todos ellos, y a través de su producción literaria, se ve esa doble preocupación patriótica por la patria menor y la patria mayor de que hemos hablado antes; y éstos son, igualmente, los dos temas fundamentales que dan coherencia y unidad a los trabajos de los cuatro ensayistas que hemos seleccionado para este trabajo; y que son: José Martí, Enrique José Varona, Juan J. Remos y Jorge Mañach.

José Martí y su ensayo *Mi raza*

José Martí, el Apóstol de la independencia de Cuba (1853-1895), no necesita presentación. No vamos a repetir aquí, por ser sobradamente conocida, su capacidad como escritor que cultivó los más variados géneros literarios y como patriota que le llevó al sacrificio supremo de morir luchando por su Patria en los campos de la provincia oriental. Lo que conviene señalar aquí es que Martí se destacó notablemente como brillante prosista, lo que hizo que encontrara en el ensayo el género literario más afín con su temperamento exaltado y sus dotes de escritor genial; razón por la cual resulta tan difícil escoger, entre todos los que escribió, el más apropiado para los fines de este trabajo. Nos hemos decidido por el titulado *Mi raza* porque en él trata de uno de los temas más interesantes y discutidos de la cultura cubana de todos los tiempos: *el tema racial*, que Martí analiza en forma imparcial y objetiva y con esa agudeza mental y elegancia en el estilo que le son características. Pasemos, pues, al estudio de este ensayo en el que podemos hallar algunos valores esenciales de la cubanía expuestos por el hombre y el escritor que más se preocupó por el establecimiento y desarrollo de la nacionalidad cubana; y que llegó hasta la ofrenda generosa de su sangre para lograr ese objetivo fundamental de su fructífera vida.

Martí da comienzo a este profundo ensayo con estas esclarecedoras palabras:

> Esa de racistas está siendo una palabra confusa y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos [4].

Y a partir de aquí va desarrollando toda su teoría, muy legítima por cierto, de que el ser humano no es inferior y superior por razón de la raza a que pertenezca; y de que peca por redundante tanto el negro que dice: «mi raza» como el blanco que dice: «mi raza», ya que «todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica,

[3] *Ibid, ibid.*
[4] *Ibid,* p. 254.

BOLETÍN AEPE Nº 26. Roberto HERRERA. Cuba a través de sus ensayistas
Centro Virtual Cervantes

aparta a acorrala es un pecado contra la humanidad» [5]. En consecuencia, ni el blanco debe envanecerse por ser blanco ni el negro debe envanecerse por ser negro, y mucho menos pensar que por pertenecer a una u otra raza deben tener derechos especiales, pues no hay que olvidar como decía Martí, que:

> insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común [6].

Por eso, en su opinión, el único racismo bueno, el único racismo justo, es el derecho del negro a mantener y a probar que su color no le priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana; y este racismo es, en verdad, pura justicia que ayuda a suprimir los prejuicios del blanco ignorante, ya que, lamentablemente

> la injusticia de este mundo es mucha, y es mucha la ignorancia que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco... [7].

Entra entonces Martí, «con la manga al codo» como le gustaba decir, en el verdadero tema de su ensayo, al afirmar que:

> En Cuba no hay temor a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros [8].

¡Cuánta verdad y sinceridad encierran estas bellas palabras de José Martí! ¡Qué hermosa lección de civismo y confraternidad encierran para las generaciones presentes y futuras! Porque a pesar de todo lo que ha afirmado en contrario el régimen comunista de Fidel Castro, en Cuba no existió nunca el odio de razas, porque como se afirma en este ensayo «en la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro [9]. Ya sabemos que, los negros como los blancos, se dividen por sus caracteres en tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres cualquiera que sea su raza o el color de su piel; pero lo importante es tratar de buscar y hallar lo semejante esencial por encima de las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos, ya que la afinidad de estos caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Gracias a estas consideraciones, los hombres verdaderos negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos. Solamente así podrá lograrse el bello ideal de que

> juntos trabajen blancos y negros por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime [10].

Y, efectivamente, tal y como lo soñó Martí, así ocurrió en la Cuba Republicana anterior a la Revolución Comunista de Fidel Castro, en la que nunca existió ni se azuzó el odio de razas; en la que como diría el gran ensayista Juan Montalvo, en sus *Siete Tratados*, «no era preciso ser rubio a carta cabal para ser gente». Y en este

[5] *Ibid*, p. 254.
[6] *Ibid*, *ibid*.
[7] *Ibid*, *ibid*.
[8] *Ibid*, p. 255.
[9] *Ibid*, *ibid*.
[10] *Ibid*, p. 256.

Centro Virtual Cervantes

mismo punto importante insiste el profesor cubano Juan J. Remos en su ensayo dedicado a su patria y que analizaremos más adelante, al consignar que:

> Blancos y negros luchando juntos por la Independencia. La República libre, cuya Constitución no reconoce fueros ni privilegios, dio cabida en la vida pública a los hombres capaces, cualquiera que fuese el color de su piel [11].

Y para confirmar esta declaración cita una larga lista de ciudadanos negros que ocuparon cargos importantes en la Cuba Republicana, tales como Martín Morúa Delgado que fue presidente del Senado; Juan Gualberto Gómez, que fue senador; el doctor Miguel Angel Céspedes, ministro de Justicia; Marcelino Garriga, de tan buena cultura como palabra, presidente de la Cámara de Representantes; el general Delgado, ministro de Gobernación; y el general Querejeta, jefe del ejército. Ninguno de ellos era blanco, y no por eso se vieron privados de la oportunidad de servir a su patria. Esta, pues, es la mayor confirmación de que el ideal martiano recogido en su ensayo *Mi raza* se hizo realidad tangible y elocuente en la República de Cuba, ya que desde la primera Constitución de la Isla que es la Constitución de la Independencia firmada el 10 de abril en la ciudad de Guáimaro, jamás se habló de blancos ni de negros, ya que los derechos públicos se concedieron por igual a todos los ciudadanos del país sin tener en cuenta el color de su piel. Pudo lograrse así esa unión constructiva y eficaz entre los miembros de una y otra raza, gracias al mérito, la prueba patente y continua de cultura y el comercio inexorable que acabaron por unir a todos los cubanos en ese concepto elevado y único que el pensador mexicano José Vasconcelos tuvo de todas las razas al «verlas formando parte de una nueva que tiene asiento en Iberoamérica y que es la raza síntesis que aspira a englobar y expresar todo lo humano en manera de constante superación» [12].

Enrique José Varona y algunos aforismos de su libro *Con el eslabón*

Enrique José Varona (1849-1933) es como pensador, educador, filósofo y ensayista una de las cumbres de la intelectualidad cubana. Al igual que ocurrió con José Martí, su preocupación patriótica y su posición de mentor y guía de las nuevas generaciones interfirió continuamente con su producción literaria; y quizá pudiéramos decir de Varona lo mismo que, en varias ocasiones, se ha afirmadò del apóstol de nuestra Independencia, es decir, que su prestigio como ciudadano y Maestro de Juventudes eclipsó, en gran medida, sus merecimientos como escritor. Como pensador Varona se sintió inclinado hacia la dirección del positivismo francés y del empirismo inglés. Una de las características esenciales de su personalidad fue su escepticismo ante los bienes logrados por el hombre, lo que se revela claramente en algunos de los aforismos que hemos seleccionado y que relacionaremos más adelante.

Como afirman Anderson Imbert y Florit en su *Antología de la Literatura Hispanoamericana:*

> Varona fue el primer cubano que convirtió la filosofía en ejercicio riguroso. No obstante, más que en sus trabajos sistemáticos —los tres volúmenes de sus Conferencias Filosóficas, por ejemplo— acertó en la reflexión fragmentaria. El aforismo

[11] REMOS, Juan J., en su ensayo *Cuba* que aparece en el libro *España e Hispanoamérica* editado por Osvaldo N. Soto, The Odyssey Press, 1972, p. 30.
[12] RIPOLL, Carlos, obra antes citada, p. 22.

BOLETÍN AEPE Nº 26. Roberto HERRERA. Cuba a través de sus ensayistas
Centro Virtual Cervantes

es el mejor vehículo para un relativista. Y los de *Con el eslabón* ofrecen páginas de gran penetración y belleza [13].

Para confirmar lo que antecede, basta simplemente leer, con detenimiento, algunos de dichos aforismos que se insertan a continuación:

En relación con su novedosa y original filosofía de la vida, matizada de un excelente sentido del humor, vemos los tres siguientes:

> Debemos ir siempre adelante; pero volviendo con frecuencia la cabeza hacia atrás. Esta es la noción que tengo del progreso humano.
>
> Lo malo es que muchos se han quedado con el cuello irremisiblemente torcido.
>
> Pensaba yo de joven que, para conocer la vida, bastaba con leer nuestro propio corazón. Después he advertido que de este libro hacemos varias ediciones; y cada una con adiciones, supresiones y enmiendas.

Varona tuvo una preocupación indiscutible por el mejoramiento y la restauración de la lengua castellana, que, según él, «era tan grata al oído, tan dulce al corazón, tan simpática al entendimiento, que así es ella de rica en los sonidos, de varia en los afectos y clara en la expresión...» [14]. Relacionados con esta legítima preocupación lingüística están, sin lugar a dudas, los siguientes aforismos:

> El lenguaje, para ser puro, ha de tener la primera cualidad del cristal: la transparencia.
>
> No basta saber decir, se necesita tener algo que decir.
>
> La palabra es como el perfume sellado en una redoma. Las hay que se desvanecen al contacto del aire. Las hay que perduran siglos.
>
> ¡Oh la palabra, la palabra! ¡Su perenne espejeo, su inestabilidad de hoja trémula, sus fluidez de azogue! Cuando más firmemente la quieres asir, con más facilidad se te escapa.

Tuvo Varona, al igual que Martí, la preocupación por el hombre y no la preocupación por las razas. Estas ideas que están relacionadas con la que el Apóstol de nuestra independencia esbozó en su ensayo *Mi raza* antes estudiado, aparecen con caracteres similares en los dos aforismos que se incluyen a continuación:

> Me siento español, exclama un criollo de la última hornada. Pues lo que importa no es sentirse español, ni inglés, ni patagón, ni lucumí; lo que importa es ser hombre.
>
> Walt Whitman se alboroza por la llegada del hombre. Nietzsche trompetea el advenimiento del superhombre. Y ya nos contentaríamos con tener mediohombres.

Como han señalado acertadamente Anderson Imbert y Florit en su *Antología* antes citada, Varona era «determinista, agnóstico, inclinado a las ciencias; sin embargo, el hombre se le aparecía como una criatura que, dentro de la evolución natural, es capaz de redimirse. Todo esto se transparenta y refleja en los siguientes aforismos:

> ¡La verdad! No existe la verdad. Existen mi verdad, tu verdad, su verdad. Y debemos temblar, con temblor de muerte, al reconocerlo.
>
> Los creyentes colocan sus fantasmas luminosos en una región recóndita que llaman la fe. Sus raíces se afianzan en el corazón, no en la inteligencia. Dulces quimeras, pero quimeras. Indiscutibles, como irreales.

[13] ANDERSON IMBERT, Enrique y FLORIT, Eugenio, *Literatura Hispanoamericana, Antología e Introducción Histórica*, Tomo 1, Holt, Rinehart and Winston, 1970; p. 440.

[14] ALBA-BUFILL, Elio, *Enrique José Varona: Crítica y Creación Literaria*, Hispanova de Ediciones, S. A., 1976, p. 260.

Centro Virtual Cervantes

Nuestra vida. Un borrador que se enmienda, y se enmienda y no se acaba de poner en limpio.

El secreto de la vida feliz consiste en mirar con ojos de amor lo bello y con ojos de lástima lo feo.

—Nuestros pedagogos andan tras una quimera: enseñar lo que no se sabe.
—¿Cómo? ¿No se saben las matemáticas, la física, la química, la...?
—Lo que no se sabe es la ciencia de la vida.

Juan J. Remos y su ensayo titulado *Cuba*

El doctor Juan J. Remos (1896-1969) fue, al igual que Varona, Profesor y escritor distinguido. Después de graduarse de doctor en Filosofía y Letras en la bicentenaria Universidad de La Habana, ocupó las más altas posiciones en la vida política y académica de su país; ejerció el magisterio; se dedicó a la crítica y estudios literarios; y llevó a cabo una incansable labor como autor de unos cincuenta libros y panfletos, sin contar sus colaboraciones casi diarias en revistas y periódicos. «Fue secretario de Estado, Defensa, Educación y, también, embajador y representante de su Patria en innumerables ocasiones. Fue miembro corresponsal de las más importantes academias, sociedades e instituciones profesionales. Habiendo sido condecorado y honrado por varias naciones, el doctor Remos constituye, y constituirá siempre, un magnífico ejemplo para la presente y futuras generaciones cubanas» [15].

Su ensayo dedicado a *Cuba* y que apareció en el libro *España e Hispanoamérica*, editado por el doctor Osvaldo N. Soto, es el último que escribió sobre la materia y vio la luz en dicho libro por primera vez. Se trata, como puede apreciar cualquier lector avisado, de un trabajo muy completo y bien estructurado, redactado en el destierro político de la Florida para disipar las dudas que pueda tener cualquiera sobre la verdadera tragedia de Cuba. Para lograr esta finalidad, el profesor Remos inicia su ensayo con una descripción geográfica, muy detallada, de la Isla de Cuba, y de su posición dentro del grupo de las Antillas Mayores y a la entrada del Golfo de México. Inmediatamente pasa a los orígenes históricos de la Perla de las Antillas, para hablarnos después de su extensión superficial, de su clima envidiable, de sus ríos y montañas más importantes, de su flora y de su fauna; concluyendo esta parte del ensayo con la relación de los productos principales de la agricultura y de la minería.

A continuación, señala el doctor Remos lo siguiente:

> El clima, lo telúrico, la virtud del sol, del mar y de las extensas sabanas han dado al cubano una tipicidad peculiar, caracterizada, como resultado de la energía cósmica imperante, por el despejo mental, la alegría del carácter, el predominio de la imaginación, su natural comunicativo, que lo hace extrovertido. En el criollo suele dejarse sentir más la emoción que la reflexión. Es dado a la iniciativa individual, que ha dejado sus huellas en el arte, en la política, en todo. Por eso las masas tienen que ser acaudilladas, para manifestarse, porque ellas espontáneamente no lo hacen. Esto ha sido, a veces, el secreto de sus desventuras, por seguir a un individuo, como sucedió con Fidel Castro, que traicionó a su pueblo y lo entregó al imperialismo ruso [16].

Sigue el profesor Remos analizando la composición étnica del pueblo cubano que ofrece tres matices: el blanco, el negro y el mulato, resultado del cruce de razas

[15] Soto, Osvaldo N., obra antes citada, p. 19.
[16] *Ibid.*, p. 23.

BOLETÍN AEPE N.º 26. Roberto HERRERA. Cuba a través de sus ensayistas
Centro Virtual Cervantes

—la blanca de los españoles y la negra de los africanos que fueron llevados a la Isla como esclavos—; como la india fue extinguida ya no cuenta. Nos informa que la colonización española se nutrió, especialmente, de andaluces y canarios; y de ahí la ardiente fantasía del criollo (que le viene de Andalucía) y la proclividad a la acción (que le viene de Islas Canarias). Termina esta primera parte de su trabajo con una descripción prolija y detallada de los principales hechos históricos ocurridos en la isla durante los siglos XVI, XVII y XVIII; comenzando la segunda parte de dicho ensayo con la relación de las características más importantes de la cultura cubana durante el siglo XIX. Nos lleva así de la mano el distinguido ensayista hasta los primeros intentos realizados por los cubanos para obtener su libertad a principios de dicho siglo. Después de relacionarnos las conspiraciones y amagos insurreccionales que tuvieron lugar desde 1812 hasta 1868, nos habla de la guerra de los Diez Años, que se inició el diez de octubre de 1868, inspirada por Francisco Vicente Aguilera y acaudillada por Carlos Manuel de Céspedes. El Reformismo daba paso al Separatismo. Terminada la lucha con el Pacto de Zanjón en 1878, se reanudó pronto con la Guerra Chiquita de 1879 a 1882. Definitivamente en 1895 comenzó la epopeya final que terminó en 1898, con la intervención en ese año de los Estados Unidos de América que prestaron su ayuda a los libertadores cubanos para lograr su independencia el día 20 de mayo de 1902. Dedica el doctor Remos la última parte de su enjundioso ensayo a contarnos las dichas y desdichas, las venturas y desventuras de nuestra vida republicana; para llegar a la acertada conclusión que, a pesar de todos los obstáculos, problemas y dificultades que nuestra joven República encontró en el camino de su evolución y desarrollo, nuestra patria «había logrado despojarse del apéndice constitucional, emanado de la Enmienda Platt, del Congreso de los Estados Unidos» y «era un país soberano, próspero, en un ritmo ascendente abismante. La hoz rusa —continúa diciendo el profesor Remos— ha segado la fecunda siembra de los libertadores, que fueron el brazo de nuestros pensadores, estadistas, poetas y hombres de ciencia; y el saldo de los Congresos y Gobiernos de la República que, con todos sus lunares, laboraron como anhelaba Martí, «con todos y para el bien de todos» [17].

Jorge Mañach y su ensayo titulado *El estilo de la Revolución*

Jorque Mañach (1898-1961), al igual que Enrique José Varona y Juan J. Remos, ocupa un lugar eminente en la literatura cubana contemporánea y una posición distinguida en las letras hispanoamericanas. Tuvo, al igual que Varona y Remos, la preocupación por elevar el nivel educacional y cultural del pueblo cubano, y como ellos dos, también dedicó algunos de los mejores años de su vida a la docencia que ejerció en Columbia University, la Universidad de La Habana y Middlebury College. Estudió en las Universidades de Harvard, La Sorbona y La Habana. En la Universidad de la capital cubana obtuvo dos doctorados: uno en Derecho y otro en Filosofía y Letras. Como ha dicho Jorge L. Martí en su libro titulado *El periodismo literario de Jorge Mañach:*

> Fue uno de los paladines de la Revolución Vanguardista en Cuba; pero el libro que lo consagró —su Biografía de José Martí— responde estilísticamente a lo que Gabriela Mistral llamó el nuevo clasicismo americano. Mañach fue también un

[17] *Ibid.*, p. 33.

Centro Virtual Cervantes

> heraldo de la libertad política, y por sus campañas en tal sentido, fue dos veces legislador; la primera, delegado a una Asamblea Constituyente que transformó la organización social de Cuba; y la segunda, senador. Además, también dos veces desempeñó funciones administrativas: secretario de Educación y ministro de Estado. Sufrió tres destierros y murió en el exilio, en San Juan, cuando profesaba en la Universidad de Puerto Rico [18].

Su ensayo *El estilo de la Revolución,* publicado en *Acción* en 1934, es decir, al año siguiente del triunfo de la revolución contra la dictadura de Gerardo Machado, es, en nuestra opinión, uno de los más reveladores de sus grandes cualidades como escritor y como patriota, y, al propio tiempo, un trabajo literario de perenne actualidad. En estos momentos en que tanto se habla, se discute y evalúa la Revolución castrista, conviene refrescar en la mente de todos los cubanos, y aún de aquellos que no lo son, estos juicios ponderados, sensatos, inteligentes y esclarecedores contenidos en este magnífico ensayo de Jorge Mañach que arrojan tanta luz sobre el triste pasado de nuestra patria y su no menos trágico presente; y que han sido formulados por un hombre, tan honesto y bien intencionado como el escritor que nos ocupa, que siempre estuvo dispuesto a servir a su país con lealtad y competencia en las más variadas posiciones que ocupó en la vida pública. Porque, y esto es algo que tenemos que dejar definitivamente aclarado, a pesar de todos los errores que Mañach como ser humano, al fin, haya podido cometer, y a pesar de todas las equivocaciones en que haya podido incurrir durante su vida política, es innegable que él fue una de las figuras más prestigiosas y limpias de la intelectualidad cubana, y de las que más luchó por adecentar y mejorar culturalmente la vida pública durante la época republicana.

Comienza Mañach su ensayo aclarándonos que

> desde hace por lo menos un año, casi todos estamos en Cuba fuera de nuestro eje vital, fuera de nuestras casillas. La mutación de la vida pública, con ser hasta ahora una mutación muy somera, a todos nos ha alcanzado un poco, y a algunos nos ha movido por derroteros bien apartados de nuestro camino vocacional. Nos ha hecho políticos, políticos accidentales del anhelo revolucionario [19].

A partir de este punto, el ensayista dedica gran parte de su trabajo literario a convencernos de las razones, muy bien expuestas por él, por las cuales no nos queda más remedio

> que aceptar con fervor esta responsabilidad que los tiempos nos han echado encima. Nadie fue antaño más tolerante que yo hacia el hombre de artes o de letras que se mantenía pudorosamente al margen de las faenas públicas. Porque estas faenas tenían entonces la índole y los propósitos que ustedes saben: la carrera política era un ejercicio de aprovechamientos, una carrera en que los obstáculos sólo los ponía la conciencia, de manera que, prescindiendo de ésta, solía llegarse a la meta sin mayores dificultades. Así se fue segregando, al margen de la vida pública, una muchedumbre de gentes sensitivas, que no se avenían a dejarse el pudor empeñado en las primeras requisas del comité de barrio. Y, naturalmente, sucedió que la cosa pública se fue quedando, cada vez más exclusivamente, en manos de aquellos que se sentían capaces de echarse el mundo a la espalda, y que, generalmente, se lo echaban [20].

[18] MARTÍ, Jorge L.: *El Periodismo Literario de Jorge Mañach*, Colección Mente y Palabra, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1977; Prefacio, p. XVII.

[19] *Ibid.*, p. 228.

[20] *Ibid.*, *ibid.*

Centro Virtual Cervantes

Pone así Mañach el dedo en una de las llagas más dolorosas de nuestra vida republicana, pues es rigurosamente cierto que las personas honestas, decentes, limpias y honradas, con muy contadas excepciones, se fueron marginando de la vida política cubana; y de ésta se fueron apoderando aquellos individuos sin escrúpulos que no veían en ella más que el medio rápido y eficaz de enriquecerse a toda costa, «echándose el mundo a la espalda» como nos dice el insigne escritor en este ensayo. Trágicas consecuencias le trajo a nuestra patria esa ausencia de los «mirlos blancos» como les llamábamos por aquella época y que haciéndose eco de una política equivocada y mezquina nunca quisieron comprometerse con los deberes trascendentales e ineludibles de la vida pública de nuestra Nación y escudándose en un patriotismo de poca monta se negaban a mancharse la blancura del plumaje con el cieno de la política al uso. De esta manera, dicha política se fue haciendo cada vez más sucia, repulsiva e inaceptable hasta desencadenar en los trágicos hechos de la Revolución de Fidel Castro y en la cual habían llegado a creer muchos bien intencionados, entre los cuales se encontraba, el propio Jorge Mañach. Continúa el interesante y profundo ensayo con el análisis de la importancia del momento histórico en que el mismo fue escrito, momentos dramáticos aquellos en que todos estaban comprometidos en la defensa de la primera gran oportunidad que Cuba tenía de renovarse enteramente y en los que, por lo tanto, era imposible que nadie se sustrajese a esa obligación patriótica para acomodarse otra vez

> a la pura contemplación. Todo lo que hoy se contempla parece deforme en sus perfiles y sin ningún contenido verdadero. Estamos habitando un pequeño mundo vertiginoso, frenético de impaciencias, y necesitamos sosegarlo, sosegarlo noblemente en una postura de gracia histórica, antes de retornar a las imágenes y a las perspectivas, es decir, a los goces del pensamiento, de la poesía y del arte puros [21]

Pasa entonces Mañach a describirnos magistralmente el surgimiento y desarrollo en nuestra isla del movimiento del «vanguardismo», del cual él fue, y lo confiesa «con el rubor heroico de quien confiesa una "retractación", uno de sus grandes defensores»; lo que no es óbice para que ahora reconozca sus exageraciones y extralimitaciones en defensa de una supuesta «pureza» que en la realidad no existe y «que se traducía en una jerigonza de minúsculas, de dibujos patológicos y de versos ininteligibles. No se permitía ninguna referencia directa a la comedia o a la tragedia humanas: eso era "anécdota", y nosotros postulábamos un arte y un pensamiento de categorías, de planos astrales» [22]. Y añade Mañach:

> Visto a esta distancia, el vanguardismo fue, en ese aspecto, una especie de fuga, una sublimación inconsciente de aquella actitud marginal en que creíamos deber y poder mantenernos para salvar la cultura. Lo que nos rodeaba en la vida era tan sórdido, tan mediocre, y, al parecer, tan irremediable, que buscábamos nuestra redención espiritual elevándonos a planos ideales, o complicándonos el lenguaje que de todas maneras nadie nos iba a escuchar. Diego Rivera, el gran mexicano, que hacía en su tierra una pintura mural fuerte, militante, y cargada de odios sociales, nos parecía un gran talento descarrilado. Pedíamos los vanguardistas un arte ausente del mundo casi inhabitable. Y así nos salía aquel arte sin color y casi sin sustancia, un arte adormecedor y excitante a la vez, un arte etílico, que se volatilizaba al menor contacto con la atmósfera humana [23].

[21] *Ibid.*, p. 229.
[22] *Ibid.*, *ibid.*
[23] *Ibid.*, *ibid.*

Centro Virtual Cervantes

Comprende entonces Mañach por qué el gran mentor Enrique José Varona escribió por aquellos tiempos una frase referente a los vanguardistas que ellos consideraron como una «venerable insolencia»: «Están por las nubes. Ya caerán». Y efectivamente cayeron, reconoce sinceramente Mañach, tan pronto como la tiranía machadista quiso reducirlos del nivel de la opresión al nivel de la abyección. Todo esto trajo como consecuencia la supresión de la revista *Avance* y la fuga de los sueños de aquellos jóvenes escritores que colaboraron en la misma; «a partir de entonces la realidad era ya una pesadilla inexorable.»

> Y sin embargo, aquello del vanguardismo no fue en rigor ni una sumisión ni una cosa inútil. Fue también una forma de protesta contra el mundo caduco que nos rodeaba. Y preparó, a mi juicio, el instrumento de expresión mediante el cual han de encontrar su voz y su imagen los tiempos nuevos [24].

Ese fue, sin lugar a dudas, el gran ideal de Jorge Mañach que, lamentablemente, jamás pudo verlo realizado. Fracasó la Revolución contra Machado en lo que respecta al logro de dicho ideal; y fracasó, también, por qué no decirlo, la Revolución castrista. El legado que el vanguardismo le había dejado a nuestra patria, y al cual se refiere Mañach brillantemente en este ensayo, no pudo cristalizar jamás. El, como tantos otros cubanos bien intencionados, lo que deseaba para Cuba era «la Revolución verdadera», «la que sí lleva mayúscula y está todavía por hacer...» [25].

¡Quién iba a decirle a Mañach que estas palabras proféticas todavía iban a tener actualidad y vigencia cuando el propio escritor y abnegado patriota tuvo que tomar, por tercera vez, el camino del destierro que le llevó a Puerto Rico! El, como tantos otros cubanos nobles, sorprendidos en su buena fe, al darse cuenta que Castro pretendía hacer lo mismo que la tiranía machadista había hecho en 1933, tuvo que abandonar su patria con el corazón destrozado, convencido como estaba de que «el estilo de la revolución castrista» tampoco era aquel que él había soñado y anunciado en su famoso ensayo. En consecuencia, y ésta es la triste conclusión a la cual tuvo que llegar Jorge Mañach, en el molde vacío que el vanguardismo había dejado en su época tampoco podrían echarse ahora las sustancias de una Cuba nueva.

[24] *Ibid.*, p. 230.
[25] *Ibid.*, p. 231.

Centro Virtual Cervantes